La historia que evoca la relación en la que aprendí a hablar

María-Milagros Rivera Garretas

Hace unos pocos años, aprendí de Clara Jourdan, en un acto en la librería Pròleg de Barcelona en el que presentamos el *Tesauro de historia de las mujeres en Cataluña* de un grupo de investigación de Duoda,[1] que la historia —la historia entendida como memoria común y como materia de estudio, que coincide con más o menos acierto con la experiencia vivida— le aporta al mundo, en cada circunstancia del presente, el vocabulario de lo político.

Clara —según me contó más tarde— no se dio mucha cuenta de la importancia de lo que estaba diciendo. No se dio mucha cuenta porque, como suele ocurrir con la creación, una o uno dice sin saber muy bien lo que está diciendo; y es otra u otro quien completa el proceso creador dejándose dar por lo que ha sido dicho, hasta que ese pensamiento dicho por otra o por otro germina en ella y, a veces, da fruto: fruto que es siempre nuevo, como todo lo que nace de un proceso de germinación. O sea, que la creación suele suceder en relación, en relación dual de intercambio: en entredós. Sin que en la creación verdadera haya, por tanto, lugar para el plagio, sino para el intercambio fundamentalmente político, porque me transformo al dejarme dar por la otra o por el otro.

Esta manera de entender la creación abre a otro orden de relaciones: un orden de relaciones no orientado por la fuerza sino —y voy a usar la expresión de una mística y política de lengua castellana del siglo XV, Teresa de Cartagena— orientado por la gracia.[2] Entiendo que las relaciones orientadas por la fuerza las mide y regula la ética, o sea, la costumbre aceptada hasta convertirse en rutina; las orientadas por la gracia son, en cambio, relaciones estéticas, en el sentido genuino de esta palabra, que procede del griego *aisthanesthai*, que quiere decir "percibir": siendo por tanto, la estética, el arte de la percepción, la percepción de lo otro que abre mi yo a la relación. Ética y estética no forman, pues, una oposición binaria o antinomia del pensamiento, sino que orientan, precisamente, relaciones de dos órdenes distintos, órdenes o mediaciones —de la fuerza y de la gracia— que conviven con dificultad en cada criatura humana y en el mundo.

La idea de Clara: "La historia le aporta al mundo, en cada circunstancia del presente, el vocabulario de lo político", unida luego a la expresión de Lia Cigarini "relación no instrumental", germinó en mí suscitando, al cabo de cierto tiempo, un saber —uno de esos saberes "a ciencia cierta", o sea, una evidencia— que decía que yo no me sentía realmente a gusto con la historia —que amo y que es mi especialidad, a la que he dedicado y dedico una parte grande de mi vida— porque no estaba aportando nada personal al vocabulario de lo político. A mí me interesaba —y me sigue interesando— la historia de izquierda, esa historia de fuerte sentido ético y de la justicia social, esa historia que encontró en el siglo XVIII su mediación para la acción en los partidos políticos y, luego, en el siglo XIX, su filosofía propia en el materialismo histórico. Pero la clave, la "profecía" de mi vida en su singularidad recibida por gracia, no tenía lugar, no cabía, en esa historia; dejándome, en la universidad, sin sede cierta, sin raíz verdadera, sometida de fondo al mecanismo terrible de la repetición; porque yo estaba en la universidad —que es mi lugar de la necesidad y, también, el lugar donde hago política— sin vínculo entre mi vida en singular y la historia.

Fue entonces cuando tomé conciencia de que la clave de mi vida seguía ausente de la historia; y, por tanto, seguía ausente de mi vocabulario de lo político. La clave de mi vida ha sido y es mi origen: o sea, la relación con mi madre. De mi madre he recibido como legado tres cosas importantes: el amor a la lengua materna, un sentido mayor de la responsabilidad derivado del hecho de que soy una mujer (algo —el sentido mayor de la responsabilidad derivado del hecho de que soy una mujer— que rechacé durante años, hasta que pude llamarle, gracias a otras, el "más femenino") y la apertura a la relación con quien me fuera impar, tanto por más como por menos.

♦♦♦

Que la clave de mi vida fuera mi origen, o sea, la relación con mi madre, lo había aprendido años antes, al leer en 1991 *El orden simbólico de la madre*, de Luisa Muraro, y, poco después, otros textos de Diótima, en especial la idea del "imperativo de mi madre" de Diana Sartori.[3] Pero no se me había ocurrido poner mi origen, poner la relación con mi madre, en contacto con la historia; o, si acaso, lo hacía en Duoda —lo cual ha sido importantísimo para mí—, pero sin encontrar las mediaciones adecuadas para que la historia fuera la historia de las mujeres. En otras palabras, que la historia fuera la historia de las mujeres lo lograba en Duoda, pero no en la Facultad; ocurría, por tanto, en una parte grande de mi mundo, pero no en todo mi mundo. La palanca que desencadenó en mí la posibilidad de que la historia sea la historia de las mujeres en todas partes, fue la invención simbólica de Clara Jourdan que he comentado.

¿Qué es lo que me ocurrió? Que me fue germinando la idea de la relación sin fin. La relación sin fin es la relación sin más, por el gusto de estar en relación, por gracia, si volvemos al lenguaje de Teresa de Cartagena, que es lenguaje o vocabulario de la historia y de la política de las mujeres; y es, también, la relación que nunca se acaba, porque está siempre abierta. Es relación de intercambio: distinta, por tanto, ya desde su raíz, de las relaciones de fuerza, porque el intercambio, para existir, necesita haber percibido lo otro.

Descubrir la relación sin fin cambió a la vez mi manera de entender la historia y la política. Porque empecé a darme cuenta de que podía entrar en las dos —en la historia y en la política— precisamente mi origen, esa relación dificilísima y, a la vez, muy sencilla, con mi madre: una relación no moral sino estética, no de fuerza sino de autoridad, a causa de la disparidad insalvable que había, cuando nací, entre ella y yo.

En historia, el lenguaje está en crisis desde la caída del muro de Berlín en 1989; y lo mismo ocurre en política, o en la política fundada en los partidos políticos, por la relación que decía entre la historia y el vocabulario de lo político. El lenguaje de la historia y de la política está en crisis por una cuestión de autoridad; porque con el final del socialismo real que representó sobre todo la Unión Soviética, la ideología —metanarrativa le llamamos en historia— que ese sistema de poder sostenía, ha perdido autoridad, ha perdido ese más de sentido que nos ayuda a la gente a poner en palabras lo real, a decir lo que es la experiencia vivida. Esta pérdida de autoridad ha dejado un vacío muy grande, un vacío agravado porque la desigualdad social contra la que luchó el pensamiento de izquierda sigue siendo enorme.

La relación sin fin me ha llevado a caer en la cuenta de que la crisis de autoridad que vive la historia y, con ella, la política de los partidos, deriva de que la autoridad en cuestión no era genuina, porque ignoraba la fuente del sentido de la autoridad para cada criatura humana, fuente que es la propia madre y el orden simbólico que ella enseña: o sea, la palabra, la lengua que llamamos precisamente materna. Los filósofos se expresan en lengua materna, pero del origen de su vida y de su lengua no hablan, como tampoco hablan los historiadores, a quienes ni se les ocurre la posibilidad de inscribir el origen de la vida en la historia; y me puedo imaginar que lo mismo ocurre en las demás ciencias que comunican lo que saben y son mediante la palabra.

De esta manera, he descubierto que a la historia que leo o que escribo puedo hoy en día reconocerle autoridad —y, por tanto, tenerla por verdadera— cuando evoca en mí una sensación: la sensación viva y placentera de veracidad que experimenté cuando, en la relación primerísima de mutua percepción con mi madre, aprendí a hablar; y, aprendiendo a hablar, aprendí el sentido de la realidad y de la verdad; o sea, el sentido de coincidencia entre las palabras y las cosas, del orden simbólico ordenando: quedó en mí, en forma de sensación, la huella imborrable de que lo simbólico ordena y me ordena.

Pienso que es esta la historia que puede darle hoy palabras sensatas a la política; y que es la que hace de la historia, la historia de las mujeres. Abriendo a la historia y a la política otro orden de relaciones, un orden de relaciones en el que el criterio de veracidad está dentro de cada criatura humana, siendo resultado de la relación estética —de percepción singular y viva— de cada criatura con su origen, una relación restaurada y reevocada sensorialmente una y otra vez a lo largo de cada existencia. ♦

Notas

[1] Clara Jourdan, "El sentido de un tesauro como vocabulario de la política". *Duoda. Revista de Estudios Feministas*, 16, 1999, 166-171. Duoda o Dhuoda escribió, en el siglo IX, un manual precioso para la educación de sus dos hijos; llevan su nombre el Centro de Investigación de Mujeres de la Universidad de Barcelona y su revista.

[2] Resumo este pensamiento de Teresa de Cartagena en mi "Nombrar el mundo en femenino". Pensamiento de las mujeres y teoría feminista, Barcelona, Icaria, 2003, 231.

[3] Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*. Traducción de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid, Horas y Horas, 1994; Diana Sartori, "Dare autorità, fare ordine", en *Diotima, Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, Milán, La Tartaruga, 1992, 123-161.